

das estas sectas fueron singularísimas en el ataque que dirigieron á la iglesia exterior. Su divino Fundador la habia constituido de modo que, bajo todos los climas, en todas las regiones y en todos los pueblos, permanecieran unidos los fieles en la armonía de la fé, é independientes bajo el aspecto de las autoridades temporales, que naturalmente aspiraban á esclavizarla y destruir su independencia, de lo cual resultaron las diferencias entre el altar y el trono que hemos visto; y por lo mismo la tendencia de todas las sectas para extinguir los dogmas inherentes al sacerdocio; de aquí esa conjuración contra los ministros del santuario que un filósofo de los más queridos de nuestros adversarios ha llamado *la liga del altar y del trono contra los pueblos*: calificación que contradicen la historia y los hechos, calificación que rechazamos, porque el altar y el trono jamas se han coligado sino para el bien de los pueblos; jamas han formado liga sino en defensa de la humanidad y de la civilización, y jamas han tenido otro objeto ni otros desvelos que por el beneficio de la sociedad.

Concluiremos por ahora con los albigenses, para no aglomerar los sucesos y llevar los acontecimientos unos en pos de otros, dejando para más adelante las sectas que han venido sucediéndose hasta nuestros días, con dolor de la Iglesia y en perjuicio de la sociedad, y trasladémonos á Oriente con la consideración; recorramos aquellas cam-

piñas, aquellos desiertos y orilla de las rosas de Jericó y de los cedros del Líbano, cabe las márgenes del Eufrates y el Jordan, veamos qué pasaba. Allí, donde resonaron los oráculos de los profetas, hay un pueblo fanático, bárbaro y cruel que todo lo atropella; hay un pueblo nómada y guerrero que lleva la ley en su voluntad, y en la punta de su cimitarra la sancion de todos sus desafueros; este pueblo era el pueblo árabe, que orgulloso con sus triunfos, todo lo quería avasallar. La devoción llevaba, como dejamos referido, muchos peregrinos á visitar los Santos lugares, y estos peregrinos asaltados en los desiertos por aquellas hordas salvajes, sufrían toda clase de vejámenes, robos, violaciones y hasta la esclavitud; la humanidad se veía en ellos ultrajada de todas las maneras, insultada por todos los medios y vilipendiada en todos los extremos, y esto no podia menos de conmover las almas piadosas que, en alas de su caridad y por amor á sus semejantes, se propusieron aliviar tantos males y remediar tantas desgracias. De aquí, pues, nació la institución de la orden de *S. Juan de Jerusalem*, principio y fundamento de todas las órdenes militares, y que fué en gran manera útil á la humanidad y prestó los mayores servicios á la sociedad y á la civilización, como vamos á ver con la historia de su fundación y progresos.

Hacia el año de 1020, unos comerciantes de

Amalfi construyeron á sus espensas, enfrente del Santo Sepulcro, un hospicio para recoger los peregrinos, llamado *hospital de S. Juan*, porque los monjes que le servian escogieron por patrono este santo. El prior Gerardo, cuando vió los males que los infieles hacian sufrir á los cristianos, lleno de celo, instituyó una regla y adoptó por vestido un traje negro con una cruz blanca de ocho nudos al pecho; el pontífice Pascual II tomó bajo su proteccion la órden y sus bienes. Despues Raymundo Dupuy, en 1120, redactó los estatutos que Calisto II sancionó; y así completó una sociedad militar y religiosa, que comprendia tres clases de freires, los eclesiásticos para los socorros espirituales, los legos para los servicios corporales, y los caballeros de armas para proteger á los peregrinos. En 1259 Inocencio IV dió el título de gran maestro á su gefe. Cuán necesaria fuera al tiempo de su creacion esta órden á la humanidad, y cuán civilizador y social su objeto, lo dice la historia al relatarnos las proezas y sacrificios de esta hueste santa, que en alas de su caridad y por amor de sus hermanos, se lanzaba á los peligros, arrostraba los combates y empuñaba la espada sin más objeto que hacer respetar los derechos de la humanidad, tan ultrajados y deprimidos. Su regla y sus estatutos son la norma del verdadero caballero cristiano, dispuesto siempre á ser la víctima de su caridad y á esponer su vida por el bien

de los demás, dispuesto siempre á no permitir que se veje, insulte, persiga ó maltrate al débil é indefenso por la ferocidad y la fuerza.

Bien pronto este noble proceder tuvo imitadores, y estos sublimes ejemplos se multiplicaron, y llenos de noble emulacion fueron propagándose, convencido como estaba el siglo de su utilidad, y sin que nadie pusiera en duda su necesidad, ni menos que llevaban un fin santo y humanitario; así fué que, movidos de este ejemplo, dos caballeros de ilustre cuna y antigua prosapia, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer, á imitacion de ésta, fundaron otra que, si bien en sus primeros años fué pobre y poco numerosa, teniendo necesidad por su falta de recursos de servirse cada dos caballeros de un caballo, como lo espresa su sello, llegó á ser con el tiempo tan célebre, que no hay nadie que desconozca el trágico fin que la preparó su misma celebridad. El patriarca de Jerusalem subvenia á sus necesidades, y el rey les dió una casa junto al *templo de Salomon*, que fué su primera morada. Tales fueron los principios de los caballeros *templarios*. Hacian voto de obediencia, pobreza y castidad, y el cuarto voto de defender los peregrinos; llevaban vestido blanco y su cruz roja al pecho. Fué su primer gran maestro Hugo de Payens y el redactor de su regla S. Bernardo; regla mística y austera que, imponiéndoles un destierro perpetuo de su patria y una guerra sin

tregua contra los infieles; tenían la obligación de admitir el combate hasta contra tres, ni podían pedir cuartel, ni ceder por su rescate *una pulgada de muralla ni un palmo de territorio*. Cada uno podía tener tres caballos y un escudero; si el caso lo requiriera alistaban soldados que sostenía y asalariaba el gran maestro, y que cumplido su servicio podían regresar á sus hogares con tal de recibir solo la mitad de su salario. Tal es, en resumen, la regla que les dió S. Bernardo en cuanto á la parte militar.

Pasando á reglamentar su vida espiritual, quiere que vivan en comunidad con frugalidad, sin tener nada suyo, aunque holgadamente; quiere que asistan á los oficios canónicos, ó de lo contrario que suplan con oraciones esta obligación; que coman de viernes tres días en la semana, teniendo los caballeros capellanes dos servicios, los demás uno; deben comer dos en un mismo plato y usar cada cual de su cantarilla de vino aparte. Por vía de limosna debe repartirse á los pobres por espacio de cuarenta días, la ración del caballero que acaba de fallecer: ordena que lleven camisa de lana, pero que pueden gastarla de lienzo desde pascuas hasta la festividad de Todos Santos, en atención al clima caluroso de Palestina: su cama debe constar de un jergon, un colchon delgado, un cobertor y una colcha de tela vellosa, debiendo acostarse siempre con camisa y calzonci-

llos: no podían dar el ósculo como los demás, ni salir sin un compañero, ni cazar con halcón, sino perseguir hasta dar muerte al león; y por último, les encarga el santo: ¹ "Como no vayan de viaje, ninguno permanezca ocioso; tengan todos sus armas en buen estado; huyan del juego, de las partidas de caza, de los titiriteros, de las canciones chocarreras y de los espectáculos. Si se prepara un combate ármense de fé por dentro y de hierro por fuera; despues de ser prudentes en sus preparativos carguen impetuosamente al enemigo con la confianza de un cristiano, seguro de la victoria ó del martirio.

"Con el cabello rapado, la barba polvorosa y erizada, ennegrecidos por el hierro y por el sol, amen los caballos fogosos, aunque no engalanados con bordadas mantillas ni con ricos caparazones. Lo que mas asombra (siempre es San Bernardo el que habla), es que este torrente, descendido á Tierra santa, se compone en un todo de gentes impías y perversas. Cristo hizo un campeón de un perseguidor, de un Saulo un Pablo." En seguida exhortaba en estos términos á aquellos para quienes trazaba esta regla: "Id contentos, id tranquilos; rechazad intrépidamente á los adversarios de la cruz de Cristo, fiados en que

¹ S. Bernardo. Exhortaciones á los caballeros del templo, I.

no podrá escluirnos del amor de Dios la vida ni la muerte. Decid en el peligro: vivos ó muertos pertenecemos al Señor: bienaventurados los mártires, gloriosos los vencedores.”

Estas órdenes, creacion singular de las cruzadas, tenian por comun tarea acoger y amparar á los peregrinos; en los mismos lugares donde los demas monjes suspendian cilicios, lámparas, imágenes de santos, colgaban ellos armaduras y estandartes arrebatados al enemigo; sus monasterios se convirtieron en fortalezas; y en vez de la campana tañendo á maitines, les llamaba la trompeta á cabalgar para correr en pos de los infieles. Valientes y generosos, eran á la vez una cruzada permanente y un dechado de virtudes caballerescas. Se les veia prevenir las invasiones musulmanas, hacer de vez en cuando incursiones en sus tierras, combatirles, no en una guerra de estratagemas y emboscadas, sino al son de la trompa y á banderas desplegadas; salir, en fin, al encuentro de las caravanas que llegaban de Europa y escoltarlos hasta que en seguridad pusieran término al objeto sagrado de su viaje. Era un consuelo para los peregrinos que temian á cada paso el ataque del árabe ó del turco, descubrir el largo manto blanco de los templarios ó el hábito negro de los hospitalarios que les traian seguridad con su presencia. En las batallas éstos se ponian á vanguardia, aquellos á retaguardia, de manera que se que-

daran en el canton los guerreros recién desembarcados que aun no habian podido acostumbrarse á la táctica del pais.

Su fama era grande en toda Europa, no habia ciudad ni pueblo fortificado que no enviara dinero y víveres á estos piadosos guerreros; todo el que espiraba se creia en el deber de legarles algo. Las principales familias les enviaban sus jóvenes hijos á fin de que se instruyeran en la cortesía y en el valor entre aquellas órdenes famosas. Los que tenian culpas que expiar, remordimientos que acallar, ofrecian sus brazos ó sus riquezas á estos caballeros, quienes á veces heredaron á príncipes y á monarcas; hasta hubo reyes que se vistieron sus insignias.

Así nació esta milicia religiosa conducida á arrostrar los peligros y sacrificarse por sus hermanos en alas de la caridad ó del remordimiento, pero siempre movida por la religion para salvar la humanidad. Confesamos, sin embargo, que con el tiempo se relajó mucho su disciplina, y que el mismo S. Bernardo los reprende; pero entre esto, que es muy propio de la debilidad y flaqueza humana, á que admitamos la calumnia de que no fueron útiles á la sociedad y á la civilizacion, hay una inmensa distancia y jamas podremos convenir. Dejamos, con todo, esto para su lugar respectivo, en tanto continuamos la historia de estos célebres institutos, de esta milicia esclarecida, á

quien tanto deben la civilizacion y los pueblos, la humanidad y la religion. Cantemos sus dias gloriosos que ellos nos servirán de premisas para defender su humillacion y confundir á los que quieren presentar al clero como el autor de todo lo malo, sin querer confesar lo bueno que hizo, lo útil que obra.

Habíanse trascurrido algunos años y no tenian compañeros en su penoso y humanitario instituto, ni los hospitalarios ni los templarios; las armas blanca y roja ondeaban sin competidores sobre los mantos negros y blancos, y no reconocian rival en su civilizadora tarea, ni habia esa emulacion gloriosa que es una verdadera virtud en la tierra, y así habíanse deslizado los años, y el de 1128 estaba en su curso. En él, Walpol, de nacion aleman, en union de su esposa, fundaron un hospicio en Jerusalem, anexo á una capilla, bajo la advocacion de Santa María, para los peregrinos de su nacion: varios individuos de la misma nacion, viendo la utilidad de este piadoso establecimiento, consagraron sus caudales y personas á esta fundacion y tomaron el nombre de *Hermanos de Santa María*, y de aquí nació una nueva orden que bajo la regla de S. Agustin, que adoptaron cuando en el sitio de Tiro se consagraron á curar los heridos alemanes; fué aprobada por Clemente III y tomó el nombre de *orden Teutónica*, cuyos privilegios son en un todo semejantes á los de las

anteriores, y su distintivo es una cruz negra sobre manto blanco; solo admitian caballeros hidalgos alemanes, siendo accesibles los grados inferiores á los simples ciudadanos. Estos caballeros constituyeron con el tiempo un reino que prestó grandes servicios á la Europa, asegurándola de nuevas invasiones y oponiendo un dique al desbordamiento de los bárbaros, dique que no pudieron romper y aseguró las fronteras salvando la civilizacion.

Tales son las tres órdenes que sirvieron de modelo á las demas, que con el tiempo se fundaron en Europa, que llegaron hasta el número de treinta ¹, de las cuales unas estaban, y otras no, obligadas al celibato, y los votos variaban conforme los lugares en que se establecieron. A los hospitalarios de S. Juan se reunieron los lazaristas, que se separaron tan luego como aquellos hicieron voto de castidad para consagrarse por medio de un cuarto voto á la defensa de los Santos lugares, eligiendo por divisa la cruz verde sobre manto blanco. Luis el Joven trajo algunos de Palestina á los cuales confió los leprosos de su reino, les dió el castillo de Boigny, cerca de Orleans, y Francia vino á ser el centro de la orden, y su rey el gran maestre. Luego fué incorporada en la del monte

¹ De las órdenes militares, nueve seguian la regla de S. Basilio, catorce la de S. Agustin, siete la de S. Benito. Hel-yot, tom. 3.º de la Historia de las órdenes religiosas.

Carmelo, cuyos caballeros llevaban por insignia una cruz de oro con ocho puntas y una cinta verde.

Guarino, hijo de un hidalgo del Delfinado, curado milagrosamente del *fuego de S. Antonio*, fundó en su patria un hospicio en honor de este santo para enfermos y peregrinos, por el orden de los hospitalarios de S. Juan. Los hermanos eran legos y usaron traje eclesiástico, sobre el cual campeaba el *Tau* griego (*T* castellana) que se ve comunmente en el manto del santo anacoreta. En 1228 fueron admitidos sus individuos á los votos monásticos, y largo tiempo fué su única casa la abadía de S. Antonio en el Vienés, hasta que sus hospicios y riquezas se aumentaron. En Francia se incorporaron en 1776 á la orden de Malta. En Suiza, Federico II fundó los *caballeros del Oso*, con cuya orden se familiarizaron los montañeses hasta que reconquistaron su libertad. En Chipre se instituyó á fines del siglo XII la orden de *Lusignan*, ó de los *caballeros del Silencio*; luego vino la de *Belem*, ó de la *Estrella Roja* que en el siglo XIII se propagó por Alemania. Alfonso Enriquez instituye en Portugal la *nueva milicia* con voto de castidad y de combatir contra los moros, concediéndoles la ciudad de Evora para su defensa, cuyo nombre tomaron para cambiarlo por el de Avis, cuando á esta ciudad trasladaron su residencia. Este mismo rey, en agradecimiento á la proteccion que en la batalla de Santaren le dispensó S.

Miguel, instituyó en 1167 la orden de *S. Miguel del Ala*, destinada á la defensa de su persona: pasando de Portugal á España, hallamos á los templarios abandonando á Calatrava, que no podian defender de las invasiones de los árabes, entregándola al rey de Castilla que la confió al abad cisterciense S. Raimundo de Fitero, y de aquí tuvo principio la *orden de Calatrava*, cuyo instituto era pelear contra los moros, y que sobre manto blanco lleva cruz roja. Los canónigos de S. Eloi fundaron un hospicio para los peregrinos que iban á Santiago de Galicia; pero como no se creyeron suficientes para defenderlos, aceptaron la oferta que les hizo Pedro Fernandez de Puente-Encalada de poner algunos caballeros á su servicio, que por razon de su ejercicio se les llamó *Caballeros de Santiago*: en 1177 confirmó sus estatutos Alejandro III, y esta es la *orden de Santiago*, cuya insignia es una cruz roja en figura de espada sobre manto blanco, y su voto es escoltar y hospedar á los peregrinos que iban á orar ante el patron de España: siguióse á esta la de S. Julian de Pereiro, refundida como otras de menos importancia en la de *Alcántara*, cuya cruz es verde sobre manto blanco, y poco despues la de *Montesa*.

Pasando á la Libonia, hallamos que el obispo Alberto de Apeldern para apartar á este pueblo de la idolatría, instituyó la *milicia de Cristo*, que tambien aprobó Inocencio III. Tenian el manto

blanco é iban armados de espada, por lo que se les llamó caballeros *porta-cuchilla*, y contribuyeron á civilizar aquellas regiones, hasta que por fin se fundieron en la orden teutónica. Felipe el Bueno estableció la *orden del Toison*, cuyos gefes debían ser los duques de Borgoña ó sus sucesores; mas como estos duques eran vasallos del rey de Francia, solo como soberanos de los países Bajos podían ser grandes maestros; por tanto, cuando Luis XI incorporó la Borgoña á sus Estados, dejó el gran maestrazgo á Maximiliano de Austria, heredero de los países Bajos; y luego, cuando la casa de Austria se dividió en dos ramas, fué por ella establecida en España, y en las guerras de sucesion se dividió en dos, una alemana y otra española. En Italia fundaron la de los *Hermanos gaudentes de santa Maria gloriosa* Loderingo de Andalo, Gruamonte Caccianemici, Ugolino Capretto, Lambertini, nobles boloneses, Ranieri Adelfardi, de Módena, un hidalgo de Reggio y varios otros caballeros á sugestion del bienaventurado Fr. Bartolomé de Braganza, hermano predicador, y despues obispo de Vicenza, y fué aprobado en 1204 por Urbano IV. Sus individuos debían ser nobles de padre y madre; seguían la regla de Santo Domingo, pero ni estaban obligados al celibato, ni á la vida en comunidad; llevaban manto blanco, sus blasones en campo semejante y la cruz roja con dos estrellas encima. Se obligaban á amparar á

las viudas, á los huérfanos, á los pobres, y á mediar en interes de la paz, y el consejo de Bolonia y varias otras ciudades, les otorgaron grandes privilegios. En Nápoles, Luis de Tarento creó la *orden del Nudo*, cuyos caballeros juraban asistir al príncipe en todas las ocasiones; su insignia era un nudo del color que elegían sobre su vestidura con este mote: *Si Dios quiere*. El viernes se ponían capa negra con un nudo blanco sin oro, plata, ni perlas, en memoria de Cristo; y si el caballero había herido ó sido herido, llevaba el nudo desatado hasta que visitaba el Santo Sepulcro, y á su regreso hacían bordar allí su nombre con este lema: *Dios lo quiso*; se reunían en el castillo del Huevo, y allí recorrían sus hechos, que se anotaban en el *Libro de los sucesos*; y si bien pereció esta orden con su fundador, el *Libro de los sucesos* donde estaban los estatutos, se conservó en Venecia, hasta que lo regaló esta ciudad á Enrique III en 1573, y fué el que le sirvió de regla para fundar en Francia la *orden del Espiritu Santo*. La *orden de S. Jorge ó Constantiniana* la hacen subir á fundacion de Constantino, y si no es así, su fundador se ignora, sabiéndose solo que los comnenos estuvieron en posesion del gran maestrazgo hasta que el último de esta familia lo dejó á Francisco Farnesio, duque de Parma; la iglesia de Steccata es un recuerdo glorioso de su grandeza; y hoy, dividida en dos, hallamos que la duquesa de Parma